

# IDEALISMO Y ESPIRITUALISMO

## AL MARGEN DE UN ARTÍCULO DE RODÓ

"*Rumbos Nuevos*". Así se titula un artículo inspirado y fuerte del "Mirador de Próspero", en el que se señalan con maravilloso acierto y videncia, las actuales orientaciones del pensamiento en América, hacia un idealismo reconfortador y próspero y hacia la conciencia de raza, como fórmula expresiva de una solidaridad amplia y continental.

Estamos, sin duda, frente a una de las páginas más selectas del último libro de Rodó, desde que puede afirmarse, sin trivialidad, que hay en ella, a un tiempo mismo, pensamiento, originalidad y belleza.

Sintetiza el celebrado escritor las ideas directrices de la literatura americana en estas dos palabras: solidaridad é idealismo.

Por una parte, nada hay tan exacto como esa naciente fraternidad que presta a la hora actual su nota de simpatía y de calor; y que se siente difundida por todas partes, sin duda, como una adivinación de orígenes y destinos, que inocular un nuevo fervor en la capacidad innovadora de la raza.

Estábamos aún bajo el imperio de la revolución que nos dejó junto con cierto diletantismo heroico, el repudio de toda tradición histórica y el escepticismo en las fuerzas latinas. Desmembrado de todo antecedente común, por cuanto la comunidad colonial recordaba horas de sometimiento, y sin clara noción de lo que podía reservar el futuro, la solidaridad no tenía arraigo ni jurisdicción precisa. Y sólo después de cien años de esfuerzo emancipador, reconciliamos los ideales frente á los horizontes abiertos y especulamos, sobre la hijuela heredada, los posibles descuentos del porvenir. Es la segunda revolución del continente. La primera lustró, con brillo, las armas, pero dejó rojo el surco. La segunda es de evangelización espiritual y de fraternidad.

Rodó anota el florecimiento de un fecundo idealismo. Podríamos decir que estamos frente a un florecimiento mundial.

¿Cual es el sentido de esta orientación del pensamiento?

Para nosotros, el momento actual se señala por una rectificación de la filosofía hacia sus fuentes clásicas.

El pensamiento no sigue una línea en perpétua ascensión. Describe, en cambio, una trayectoria precisa alrededor de la verdad, única e irrenovable.

El moderno criticismo, ha querido hacer de la verdad una entidad abierta a una perpétua renovación, especie de Proteo, siempre cambiante, acaso sin dar nunca con la forma que ha de plasmarla sobre las líneas definitivas, procediendo de un excepticismo, cuyo valor exacto habría que medirlo muchas veces más por el afán de eludir la verdad, que por el empeño de conquistarla.

La evolución de las ideas en el último siglo, puede dar la razón de estas previsiones.

Al día siguiente de la revolución francesa se reconstruyeron los valores de la filosofía sobre la base del materialismo. Vogt, Ruchner, Maleschott inspiraron esa orientación, con premisas cerradas a toda idealidad.

Cafdos estos dioses, Spencer los reemplazó en la preeminencia ocasional de las ideas. El dogma de la "materia eterna" cedió su puesto a la duda frente a lo absoluto. Y el advenimiento del positivismo spenceriano importó reconocer que el materialismo no podía sostener, científicamente, sus posiciones.

Spencer tuvo también su crepúsculo. Lo "incognoscible", base de sus primeros principios, no era sino una modificación verbal de lo absoluto. Su concepto biológico sobre la evolución dejaba sin fundamento muchas instituciones sociales, como la propiedad individual y colectiva, la posición de la mujer en la organización del matrimonio, etc. Uno de sus discípulos, afirmó resueltamente que el maestro se había atrevido á arrojar á lo

absoluto por la puerta, para dejarle entrar por la ventana con el nombre de lo incognecible.

Ardigó y Vanni, por su parte completan la doctrina biológica admitiendo las "energías sociales" como agentes de progreso.

Y empieza a formarse la última corriente. El pragmatismo no desdeña el factor religioso. William James preocupa a los pensadores. Fouillé se presenta con sus ideas-fuerzas. Guyan basa en la sociabilidad una doctrina de amor y de mejoramiento. Bergson admite *l'élan vital*, y se acerca al espiritualismo. Boutroux predica la serenidad de una filosofía superior. El mismo Nietzsche exaltando al hombre y aun dentro de su inmoralismo confía el éxito al individuo, y no á la especie, y reemplaza la aspiración del progreso indefinido por la realización fuerte del super-hombre.

La trayectoria se señala clara y precisa. El espiritualismo empieza a dejar de ser un absurdo. Y el idealismo triunfante más que la adquisición de una nueva forma de conocimiento, es el anuncio de que volvemos a las fuentes clásicas e inagotables, cuyo valor de consuelo y de idealidad no puede desplazarse de las aspiraciones del espíritu.

Nos toca, pues, divergir con Rodó. Para él, el idealismo es una cantidad nueva y depurada en la conquista ascensional de la verdad.

Para nosotros, el pensamiento no se aleja perpetuamente de sus fuentes.

La dirección de un río nos inclinaría á afirmar que la corriente se distancia de sus orígenes. Empero la gota de agua que llega al mar tiene el material de evaporación que ha de alimentar la nube, para caer mañana sobre la montaña, y cerrar de ese modo su circuito de circunvalación. Así la evolución de las ideas, puede ofrecer la ilusión exterior de un camino abierto siempre a nuevos horizontes. Bien que contenga, a pesar de todo, aún en sus formas más extremas, la gota de agua, el valor sustancial, destinado á correr el circuito, en vuelta siempre á sus fuentes de fe y de idealidad, cristalinas y puras, como para apagar la sed de los espíritus en perpetua expectativa de inmortalidad y de consuelo.

Admitiremos con Paulahm, que estamos frente a un nuevo "misticismo"!

Todavía el cielo tiene algo más que espacios y números. Según la expresión de Barret, el criticismo mató los dioses, pero no tocó la fe. Lo absoluto golpea siempre á las puertas de la razón, y se hace abrir de cualquier manera. Lo incognecible de Spencer, la preeminencia sistemática de los modernos positivistas, la serenidad de la filosofía reemplazando al consuelo de la religión, según el deseo de Guyan, la conciencia de una dilusión panteísta, la suprema armonía de Bourtroux, todo eso, en grande o pequeño parte, reposa sobre la necesidad de alejar el misterio, ya que no es posible ni negarlo, ni vencerlo ni aplacarlo.

El fragmento de verdad que nos conquista la lucha de cada día, no destruye los viejos pedestales, firmes y austeros.

Rodó, con una penetración crítica y una preparación digna de subrayarse, hace valioso caudal de las tendencias contemporáneas, de las influencias del positivismo, y de la nueva fe que enciende las almas, en forma, sintética, inteligente y amplia con vuelo y profundidad de erudito y de pensador.

Con todo eso tenemos el evangelio y la bandera de la revolución. La luz que hoy "defendemos en el hueso de la mano", ha de iluminar mañana la ruta, y ha de quebrar la inmutabilidad del horizonte.